

LENGUAJE, LOGICA Y GRAMATICA EN FRANCIS BACON

JULIÁN CARVAJAL CORDÓN

*«Quid enim aliud sunt verba quam
imagines rerum, ut nisi rationum vigore
animata sint, adamare illa idem sit ac
statuam deperire?»*

(F.BACON: **De dignitate et augmentis
scientiarum**. Liber I. TWB I, pp. 451 s.)

La filosofía moderna se acercará al fenómeno lingüístico con una gran precaución y desconfianza. La mediación ejercida por el lenguaje, instrumento imprescindible de todo conocimiento humano -incluido el filosófico- en su acercamiento a la realidad, será considerada como un factor distorsionante que constituirá para estos pensadores modernos una de las causas de la conversión de toda filosofía anterior en infructuosa¹. La entrada del lenguaje en la escena filosófica de la modernidad será enormemente desafortunada: cuando la modernidad se plantea el lenguaje como problema filosófico, la solución al mismo será negativa en la mayoría de los casos, o bien carecerá de tal,

1. Esto es especialmente claro en Bacon que acusa a la filosofía anterior de mera palabrería, útil para discutir y rebatir al contrario, pero estéril en frutos: Cfr. NO. liber I, aph. LXXI y LXXIII, Vol. I, p. 563.

Los textos de Francis Bacon se citarán por la edición de *The Works of Francis Bacon*. Edited by James Spedding, Robert Leslie Ellis and Douglas Denon Heath, London, 1857-1874 (Faksimile-Nachdruck, Stuttgart-Bad Cannstatt: F.Frommann Verlag-G.Holzboog, 1963), indicando volumen y página. Asimismo usaremos las siguientes abreviaturas para referirnos a sus obras:

- CV.= Cogitata et visa.
- DAS.= De dignitate et augmentis scientiarum.
- DO.= Distributio operis.
- IM.= Instauratio magna.
- NA.= New Atlantis.
- NO.= Novum Organum.
- PAL.= Proficiency and advancement of learning.
- PSDA.= Partis instaurationis secundae delineatio et argumentum.
- RPh.= Redargutio philosophiarum.
- TPM.= Temporis partus masculus.
- VT.= Valerius Terminus.

originando sencillamente aporías insolubles. El lenguaje se revela como un huésped incómodo, pero al que no se puede despedir. Sin embargo, se buscan todas las vueltas habidas y por haber con el fin de reducir al mínimo su papel en el proceso cognoscitivo, pues se considera que éste es el único medio de eludir, en la medida de lo posible naturalmente, las nefastas consecuencias distorsionantes del mismo. En el fondo, la razón última de esta desconfianza se halla en la ruptura del ensamblaje sin fisuras entre el ser y el conocer, entre lo lógico y lo óntico, que había caracterizado el pensamiento filosófico anterior. La filosofía griega clásica y la medieval, en sus grandes representantes, parte de la existencia de un acoplamiento perfecto entre nuestras facultades cognoscitivas y la realidad, acoplamiento que posibilita el conocimiento de la última por nuestra parte. El conocimiento es un modo del ser estrechamente imbricado en éste último. El ser se caracteriza por su apertura y transparencia a, y su penetrabilidad por, el conocer. Este carácter armónico de la totalidad se plasma en la concepción griega de la relación entre lenguaje, conocimiento y ser. Para el griego, el *lógos* es capaz de revelar la entidad de lo real: lo que las cosas realmente son. El *lógos* griego era un lenguaje dotado de unas peculiaridades totalmente ajenas al concepto de lenguaje que utilizan los autores modernos. Era un «hablar discursivo», un «discurso razonado», una «razón discursiva», en suma: era un «lenguaje fundado en razones» o una «razón expresable lingüísticamente».

La modernidad se abre con una ruptura de la continuidad entre conciencia y mundo, ruptura que hará muy difícil la explicación de nuestro acceso cognoscitivo al mundo. En esta situación, la posición del lenguaje va a ser enormemente delicada: la filosofía moderna no reconocerá al lenguaje una capacidad reveladora de la realidad, sino que éste aparecerá como una desgraciadamente ineludible mediación que dificulta el contacto directo entre la mente y la realidad, la captación conceptual por parte del entendimiento de las cosas reales. La reflexión filosófica moderna en torno al lenguaje se va a caracterizar básicamente por ver en éste un enemigo que, de no ser convenientemente sojuzgado, puede frustrar nuestras aspiraciones de dominio especulativo (y práctico) sobre la realidad. Podemos rastrear esta prevención frente al lenguaje en todos los grandes filósofos de la modernidad.

1.- EL ESCEPTICISMO LINGÜÍSTICO EN BACON.

Francis Bacon traza las líneas maestras del cuadro en que se moverá el pensamiento moderno en esta cuestión como en muchas otras. Y al igual que sucede en tantas otras, dejará el cuadro en simple boceto: se limitará a lanzar sugerencias que serán recogidas por otros pensadores, pero no las desarrolla.

Este decorado general está caracterizado por la prevención y el escepticismo ante el hecho lingüístico. El planteamiento baconiano del problema del lenguaje evidencia una triple escisión, o quizá fuera mejor decir: una escisión que se patentiza a un triple nivel.

1.1.- Escisión lenguaje-pensamiento.

Bacon muestra tener clara conciencia de la ruptura entre lenguaje y pensamiento, reduciendo el primero a la función de mero instrumento para la transmisión del segundo. Así nos lo da a entender el siguiente texto:

«Accedamus nunc ad Artem Tradendi, sive Profirendi et Enunciandi ea quae inventa, iudicata, ac in memoria reposita sunt; quam nomine generali *Traditivam* appellabimus. Ea omnes artes circa Verba et Sermones complectitur. Quamvis enim Ratio Sermonis veluti anima sit, tamen in tractando disjungi debent Ratio et Sermo; non minus quam Anima et Corpus.»².

Bacon afirma, pues, que las palabras y los discursos constituyen el objeto del arte de transmitir, proferir y enunciar aquello que ha sido inventado, juzgado y depositado en la memoria. Y nos explica que estas artes de la transmisión deben ser tratadas aparte de las artes de inventar, de juzgar y de retener porque, aunque la razón sea algo así como el alma del discurso, razón y discurso deben debatirse por separado como el alma y el cuerpo. Resulta evidente a primera vista cuán lejos nos encontramos de la caracterización platónica del lenguaje como «el diálogo del alma consigo misma»³. Esta caracterización supone una profunda imbricación del pensamiento y del lenguaje. Pone de relieve la necesaria realización del pensamiento en el medio del lenguaje, que aparece así claramente como condición de posibilidad de aquél y, por tanto, podríamos decir, como su medio de despliegue. Todo ello desaparece por virtud de la escisión establecida por Bacon que convierte al lenguaje en vehículo de transmisión de otro objeto ya constituido anteriormente y con independencia del mismo.

La semiótica baconiana determina con precisión el concepto general de signo y el lugar que le corresponde a la palabra en la clasificación general de los signos. Respecto al primer punto, Bacon escribe:

«Quidquid scindi possit in differentias satis numerosas ad notionum varietatem explicandam (modo differentiae illae sensui perceptibiles sint) fieri posse vehiculum cogitationum de homine in hominem»⁴.

Como signo puede utilizarse, por tanto, todo aquello que, siendo susceptible de un número de matizaciones perceptibles por los sentidos suficiente para explicitar toda la multiplicidad de las nociones, sirva de vehículo para transmitir pensamientos de un hombre a otro. En consecuencia, resulta evidente que pueden elaborarse signos de las

2. DAS. liber VI, caput I, Vol. I, p. 651.

3. PLATON, *Teeteto*. 198 e.

4. DAS. lib. VI, cap. I, Vol. I, p. 651.

cosas intelectuales con algo distinto de las palabras y las letras, así como puede acuñarse moneda con otra materia que no sea oro ni plata:

«Tractamus enim hic veluti numismata rerum intellectualium; nec abs re fuerit nosse, quod sicut nummi possint confici ex alia materia praeter aurum et argentum, ita et Notae Rerum aliae possint cudi, praeter Verba et Literas»⁵.

En lo concerniente al segundo, nos dice:

«Notae igitur Rerum, quae absque ope aut medio Verborum res significant, duplicis generis sunt; quarum prius genus ex Congruo, alterum ad Placitum significat. Prioris generis sunt Hieroglyphica et Gestus; posterioris vero ii, quos diximus, Characteres Reales»⁶.

Este texto clasifica los signos en dos grandes apartados: los que significan algo sin requerir del concurso de las palabras y los que precisan de tal concurso para significar. A su vez, los signos del primer género pueden significar *ex congruo* o bien *ad placitum*. Al género de los que, según esta clasificación, significan de un modo inmediato, directo y por congruencia, pertenecen los jeroglíficos y los gestos. Los jeroglíficos son una especie de escritura usada desde muy antiguo y objeto de cierta veneración entre pueblos vetustos como los egipcios. Esta escritura surgió con anterioridad a los elementos de las letras siendo, por tanto, más antigua que éstos últimos⁷. Los gestos son una suerte de jeroglíficos percederos, fugitivos. En efecto, tan jeroglífico es, por ejemplo, el gesto de cortar las flores más altas de un jardín con la intención de dar a entender que la mejor manera de conservar una tiranía es cortar las cabezas de los más grandes nobles como la representación de esa acción por medio de un dibujo sobre un papel. Bacon establece el siguiente parangón, que resulta enormemente aclarativo: así como la palabra pronunciada se esfuma mientras que la escrita permanece, así el jeroglífico expresado por el gesto se desvanece mientras que el pintado perdura. Sea lo que fuere de estas consideraciones aleatorias, lo realmente importante es el hecho de que los jeroglíficos y los gestos guardan cierta semejanza con la cosa significada por ellos, pudiendo ser considerados como una suerte de emblemas, los cuales no son otra cosa que instrumentos destinados a hacer sensibles las cosas intelectuales⁸. Por esta razón, denominamos a estos signos -jeroglíficos y gestos- «marcas de las cosas basadas en la congruencia»⁹.

5. Ibidem. p. 653.

6. Ibid., p. 652.

7. Curiosamente Bacon apostilla: «a no ser quizá entre los hebreos». En ello hay que ver sin duda una alusión a la teoría que considera el hebreo como la lengua natural que hablaba Adán, con la que el mismo Dios se comunicó con su pueblo y que, por tanto, sería anterior a la escritura jeroglífica: Cfr. Ibidem.

8. Op. cit., lib. V, cap. V, Vol. I, p. 649.

9. Op. cit., lib. VI, cap. I, Vol. I, p. 653.

Entre los signos que significan de un modo directo, inmediato y «a placer» figuran los caracteres reales. Estos caracteres no tienen nada que ver con los emblemas; carecen de toda similitud con lo significado por ellos. Son signos completamente sordos como las letras, representados arbitrariamente y aceptados por costumbre en virtud de un pacto tácito. Estos caracteres reales no son nominales: «no expresan, naturalmente, ni letras ni palabras, sino cosas y nociones»¹⁰ de una forma inmediata y sin intermediarios. Bacon reconoce a este sistema de signos una ventaja sobre las diversas lenguas habladas, a saber: permite que pueblos con idiomas diferentes se comuniquen entre sí mediante estos caracteres, una vez que se hayan puesto de acuerdo sobre su uso¹¹. Pero, al mismo tiempo, indica un grave problema inherente a este sistema de comunicación, problema que limita la posible eficacia práctica del mismo: el comportar un número elevadísimo de signos, puesto que debe haber tantos caracteres como vocablos radicales¹².

Los signos que, según la clasificación baconiana, no significan directamente las nociones o ideas de nuestro espíritu son las palabras y las letras. De éstas escribe Bacon lo siguiente:

«Recte enim Aristoteles; *Cogitationum tesserae verba, verborum literae*»¹³.

Este fragmento se hace eco de la teoría expuesta por Aristóteles en el *De Interpretatione*¹⁴: «Aristóteles dice con toda razón que las palabras son etiquetas de los pensamientos y las letras, de las palabras». La constatación de esta relación meramente externa entre los signos lingüísticos y las cosas intelectuales significadas por ellos certifica la ruptura del pensamiento y el lenguaje. Esta ruptura también es confirmada por el siguiente texto, que afirma la existencia de una relación estrecha, pero externa al fin y al cabo, entre los signos lingüísticos y los conceptos:

«Nam syllogismi ex propositionibus consistunt; propositiones ex verbis; verba notionum tesserae sunt; (...) notiones ipsae (...) verborum animae sunt...»¹⁵.

10. Ibidem, p. 651.

11. Ibidem. Justamente la índole propia de los caracteres reales de expresar cosas y nociones de manera inmediata, directa y arbitraria, posibilitando así la comunicación entre individuos pertenecientes a distintas comunidades de hablantes, está a la base de los múltiples intentos perpetrados a lo largo del siglo XVII de construir a partir de caracteres reales una lengua universal artificial: J. Wilkins, S. Ward, F. Lodwyck, Th. Urquhart, G. Dalgarno, G.W. Leibniz.

12. Cfr. Ibidem, p. 653. Los ensayos de construir una lengua universal artificial, ensayos realizados por diversos autores del siglo XVII, van a tener en cuenta esta advertencia de Bacon, proponiendo diversas soluciones al mencionado problema.

13. Ibidem, p. 651.

14. ARISTÓTELES, *De Interpretatione*. 16 a 3-4.

15. DAS., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 621. Cfr. NO., lib. I, aph. XIV, Vol. I, p. 158. Ya trece años antes de la publicación de NO., Bacon exponía esta misma tesis en CV., Vol. III, p. 607: «Nam Syllogismus certe ex propositionibus constare, propositiones ex verbis, verba notionum sive animi conceptuum tesserae et signacula esse (... notiones ipsae (...) verborum animae sunt). Cfr. etiam DO., Vol. I, p. 136.

En el marco del análisis de la doctrina del silogismo, Bacon indica que éste está formado de proposiciones que, a su vez, lo están de palabras. Estas serían sonidos articulados constitutivos de la materialidad del lenguaje. Por tanto, se reducirían a meros *flatus vocis* de no ser vivificadas por los conceptos. Estos animan esos cuerpos exánimes al dotarlos de significación, de sentido: «las nociones son el alma de las palabras». La teoría baconiana del signo lingüístico es, por consiguiente, dualista: El signo lingüístico está constituido por un cuerpo -el sonido articulado, la palabra- y un alma -la noción o concepto que representa su sentido-. Ahora bien, el punto decisivo de esta teoría reside en el hecho de que, entre el cuerpo y el alma del signo lingüístico, no existe ninguna relación natural, sino que la relación entre ambos es puramente convencional, enteramente arbitraria: «las palabras son etiquetas de las nociones». El solo acuerdo entre los hablantes ofrece una base muy poco sólida para garantizar la más mínima continuidad entre el pensamiento y el lenguaje; al haberse fijado éstos como dos sistemas autónomos, independientes y al no existir lazos firmes que entrelacen una red estable entre los elementos constitutivos del lenguaje (las palabras) y los del pensamiento (las nociones), será prácticamente imposible levantar un edificio firme sobre cimientos tan flacos. El divorcio es inevitable.

1.2.- Escisión lenguaje-mundo.

En segundo lugar, Bacon pone de relieve el abismo insalvable que separa al lenguaje de la realidad que aquél debe encargarse de designar. Esta ruptura también es patentizada por el carácter convencional del signo lingüístico. La relación semántica entre el signo lingüístico y la cosa real es arbitraria. Esta arbitrariedad del signo lingüístico hace imposible garantizar una adecuación sin fisuras entre él y la cosa que designa. Por otro lado, la adecuación del lenguaje con la realidad presenta una dificultad añadida prácticamente invencible, a saber: la distorsión provocada en esta relación entre lenguaje y realidad por la mediación del pensamiento.

El lenguaje humano se encuentra condicionado por el entendimiento, ya que las palabras son etiquetas de las nociones elaboradas por éste a partir de las cosas. Precisamente dado que el enlace de la palabra con la cosa está mediatizado siempre por el concepto, tal enlace se ve perturbado por el hecho de que los conceptos son abstraídos de las cosas mal y con diversa fortuna:

«Notiones ipsae (quae verborum anima sunt) male et varie a rebus abstrahantur»¹⁶.

16. DAS., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 621. Cfr. NO., lib. I, aph. XIV, Vol. I, p. 158: «Notiones ipsae (id quod basis rei est) confusae sint et temere a rebus abstractae»; loc. cit., aph. LXIX, Vol. I, p. 179: «Notiones ab impressionibus sensuum male abstrahuntur, et interminate et confusae sunt, quas terminatas et bene finitas esse oportuit». Cfr. etiam CV., Vol. III, p. 607: «Notiones ipsae (...) si vagae, nesciae, nec satis definitae fuerint.»

Bacon opone el lenguaje humano convencional a la lengua adámica entendida como el término mítico de referencia a un nombrar dotado de relación inmediata con la naturaleza de la cosa. Los primeros actos ejecutados por el hombre en el Paraíso abarcaban, según nuestro autor, las dos grandes partes de la ciencia: el examen de las criaturas y la imposición de nombres¹⁷. La característica principal de la lengua mítica de Adán es el íntimo parentesco de los nombres con la cosa significada. Y esta íntima conexión es posible porque el entendimiento de Adán con sus nociones no introducía desquiciamiento alguno en este acoplamiento, ya que Adán impuso nombre a las cosas de acuerdo con sus propiedades merced a su conocimiento puro e inmaculado de la naturaleza¹⁸.

Sin embargo, el hombre se vio privado de este originario lenguaje natural que denominaba a las cosas con justeza como consecuencia, en primer lugar, de la caída, que perturbó gravemente su espíritu deformando su conocimiento de las cosas, y, en segundo lugar, de la confusión de las lenguas, que fue la mayor pena impuesta por Dios al hombre en el siglo que siguió al Diluvio a causa de su soberbia, confusión que ha obstaculizado desde entonces el libre comercio del saber y la comunicación recíproca de las letras¹⁹. Por esta razón Bacon afirma que ese hito tan importante en la historia de la ayuda prestada por Dios al hombre para salir de la situación abyecta en que le sumió la caída, hito que no es otro que la venida del Espíritu Santo, había de simbolizarse necesariamente en la semejanza y en el don de lenguas, las cuales constituyen los *vehicula scientiae*²⁰.

Bacon recoge en la contraposición entre la primigenia lengua adámica y las lenguas históricas posbáblicas -contraposición extraída del relato bíblico del *Génesis*, que fue =dicho sea de paso= el referente fundamental de todas las discusiones lingüísticas en la tradición cristiana y que se halla presente hasta en los planteamientos filosófico-lingüísticos de Vico y de Condillac- la alternativa tradicional relativa a la discusión en torno a la naturaleza del lenguaje, cuya fuente clásica es el *Crátilo* de Platón: ¿el lenguaje es un producto natural o un constructo convencional? La lengua edénica puede considerarse un lenguaje natural en cuanto es capaz de reflejar espontáneamente la naturaleza de las cosas en sus nombres y puede identificarse a Adán, que le da a las criaturas su verdadero nombre, con la figura del legislador que, en el diálogo platónico, daba su justo nombre a las cosas. Esta lengua privilegiada asume en Bacon una doble función: por un lado, aparece como hipótesis genética, puesto que es la única y verdadera lengua

17. DAS., lib. I, Vol. I, p. 465: «Rursus, primae hominis actiones, quas in Paradiso exercuit, duas summarias scientiae partes complexae sunt. Hae erant, inspectio creaturarum, et impositio nominum».

18. Cfr. IM. Praef., Vol. I, p. 132: «Pura illa et immaculata scientia naturalis, per quam Adam nomina ex proprietate rebus imposuit». Et etiam DAS., lib. I, Vol. I, p. 434: «(...) puram illam primigeniamque scientiam naturalem, cujus lumine Homo animalibus in Paradiso adductis nomina ex natura imposuit(...)».

19. Cfr. DAS., lib. I, Vol. I, p. 466: «Sequenti saeculo post Diluvium, gravissima poena qua Deus humanam superbiam ultus est fuit confusio linguarum, qua doctrinae liberum commercium et literarum ad invicem communicatio maxime interclusa est».

20. Ibidem, p. 468: «Adventus quoque Spiritus Sancti praecipue adumbratus atque expressus fuit in similitudine ac dono linguarum, quae sunt duntaxat vehicula scientiae».

primitiva de la humanidad y, por tanto, la lengua madre de todas las demás; por otro, aparece como concepto-límite, es decir, como ideal de congruencia al que la lengua humana debe tender por todos los medios a su alcance. El primer aspecto es un tema tratado frecuentemente por autores renacentistas, que se plantean incluso la posible identificación de esa lengua natural con una de las lenguas históricas²¹. El segundo aspecto será recogido por autores posteriores a Bacon, para los que la auténtica lengua natural no tiene nada que ver con una supuesta lengua originaria de la humanidad, sino que sería una lengua filosófica fundada en una convención conscientemente asumida, elaborada con ayuda de la ciencia y capaz de reflejar auténticamente las nociones y, a través de ellas, las cosas mismas, asegurando así una congruencia entre signo (lenguaje), concepto (pensamiento) y cosa (realidad)²².

Las lenguas históricas posbabélicas son de naturaleza institucional: forjan instrumentos aptos para distinguir las cosas a partir de una convención entre los hablantes de cada una de las distintas lenguas. La convencionalidad de las lenguas humanas históricas es certificada por el hecho de que sean -como veremos- portadoras de ídolos. Esta circunstancia excluye la posibilidad de que las lenguas humanas estén dotadas de una conformidad espontánea con las cosas y de una racionalidad intrínseca.

1.3.- Escisión entendimiento-realidad.

En tercer lugar y último, Bacon saca a la luz la escisión del entendimiento humano y su producto -el pensamiento- con la realidad. Precisamente éste es uno de los rasgos más decididamente modernos del pensamiento baconiano: mientras los mismos pensadores ingleses de su tiempo repiten, haciéndola propia, la teoría del macrocosmos y del microcosmos, elaborada en la Edad Media y recogida en el Renacimiento, teoría que subraya una especie de armonía del hombre con el universo y de la naturaleza con lo sobrenatural, describiendo una progresión de planos que conduce de las piedras hasta Dios; Bacon, por el contrario, establece un corte radical entre la conciencia del hombre y la naturaleza, así como entre el plano natural y el sobrenatural, destruyendo de este modo la imagen de una «cadena del ser»²³.

21. Así puede verse en Claude DURET, *Trésor de l'histoire des langues de cest univers*. Colonia, 1613, que afirma que el hebreo es la única lengua que conserva vestigios de aquella lengua natural edénica, pues guarda un fragmento de aquel saber acerca de las propiedades inmutables de las criaturas. Cfr. Michel FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1982¹³, p. 44.

22. Sobre los numerosos proyectos de construcción de una lengua universal que haga efectivo el ideal de una congruencia semántica, pueden verse las siguientes obras: R.F.JONES, *Ancients and Moderns: A Study of the Background of the «Battle of the Books»*. Los Angeles: Berkeley Univ. Press, 1965³, pp. 87-147; P. ROSSI, *Clavis universalis. Arte mnemoniche e logica combinatoria da Lullo a Leibniz*. Milano-Napoli: Ricciardi, 1960, pp. 201-36; L. COUTURAT, *La logique de Leibniz*. Hildesheim: Olms, 1969; L. COUTURAT/L. LÉAU, *Histoire de la langue universelle*. Paris: Alcan, 1903; O. FUNKE, *Zum Weltsprachenproblem in England im 17. Jahrhundert*. Heidelberg: C. Winter, 1929, pp. IV-163.; C. EMERY, «John Wilkins' Universal Language» in: *Isis*. 38, 113-4 (1948), pp. 174-85.

23. Justamente Paolo ROSSI subraya la diferencia profunda entre la postura de Bacon y la que había sido característica de una gran parte de la cultura inglesa de la edad isabelina y recuerda como Robert Hooker, contemporáneo de Bacon, sostenía

Esta escisión entendimiento-realidad es, en Bacon, la fundamental y está a la base de las otras analizadas anteriormente por nosotros. Esta ruptura fue consecuencia de la caída del hombre que provocó una fractura de su espíritu respecto de la naturaleza²⁴. Dios hizo el alma humana semejante a un espejo capaz de reflejar el mundo en su totalidad y tan anhelante de contemplar la variedad y vicisitudes de los tiempos como ávida de escudriñar y descubrir los decretos y leyes inmutables e inviolables de la naturaleza²⁵. No obstante, como consecuencia de la caída producida por el ambicioso deseo de ciencia moral determinante del bien y del mal, que llevó al hombre a apartarse de Dios y darse a sí mismo las leyes conforme a su albedrío²⁶, el espíritu humano se convirtió en un «espejo encantado»:

«For the mind of man is far from the nature of a clear and equal glass, wherein the beams of things should reflect according to their true incidence; nay, it is rather like an enchanted glass, full of superstition and imposture»²⁷.

El entendimiento humano se halla lejos de ser un espejo limpio y pulido, en el que los rayos de las cosas se reflejen de acuerdo con su verdadera incidencia; más bien se trata de un espejo encantado, lleno de espectros, de supersticiones, de imposturas²⁸. Y de la misma manera que un espejo irregular altera, en virtud de su configuración, los rayos verdaderos de las cosas, así también el entendimiento humano distorsiona y corrompe la auténtica naturaleza de las cosas, al mezclar con ésta las supersticiones e imposturas propias de su naturaleza²⁹.

la teoría del ma-crocósmos y del microcósmos, afirmando que el hombre, en cuanto microcósmos, refleja en sí todo el orden y la organización del universo, y la imagen de una cadena del ser, de un cosmos que es una unidad de partes interdependientes (Francisco Bacone, *dalla magia alla scienza*. Bari: Laterza, 1958, p. 363.. Cfr. S. RABADE, «Método y metafísica en el empirismo inglés: Bacon y Hobbes» in: *Anales del Seminario de Metafísica*. VII (1972), p. 21: en Bacon «en contra de lo que sucede en buena medida en la tradición renacentista continental, no es operante el presupuesto de la armonía entre la conciencia y la naturaleza...»

24. Cfr. A. SABETTI, *Francesco Bacone e la fondazione della scienza*. Napoli: Liguori, 1968, p. 96: «Con il peccato l'uomo perdette nello stesso tempo la sua libertà e la pura illuminazione dell'intelletto. Tra lo spirito dell'uomo e lo spirito del mondo sorse una profonda frattura, si operò una lacerazione...»

25. DAS., lib. I, p. 434: Refiriéndose al Ecclesiastés. 3.11, Bacon escribe: «Quibus verbis haud obscure innuit Deum fabricatum esse animum humanum instar speculi totius mundi capacem, ejusque non minus sitientem quam oculum luminis; neque gestientem solum conspiceret varietates vicissitudinesque temporum, verum etiam perscrutandi explorandique immotas atque inviolabilis naturae leges et decreta ambitiosum».

26. IM., Praef., Vol. I, p. 132: «Neque enim pura illa et immaculata scientia naturalis (...) principium aut occasionem lapsui dedit. Sed ambitiosa illa et imperativa scientia moralis, de bono et malo dijudicantis, cupiditas, ad hoc ut Homo a Deo deficeret et sibi ipsi leges daret, ea demum ratio atque modus tentationis fuit». Bacon volverá en otras ocasiones sobre esta misma tesis: Cfr. DAS., lib. I, Vol. I, pp. 434 y 465.

27. PAL., Second Book, Vol. III, pp. 394-95. Cfr. Vol. III, p. 607: «Quin certissimum esse, tum generaliter mentem humanam instar speculi inaequalis esse, quae rerum radios secundum propriae sectionis angulos, et non in superficie plana suscipiat et reflectat: tum etiam cuique ex educatione, studiis, et natura sua, vim quandam seductoria et quasi daemonem familiarem adesse, qui mentem variis et vanis spectris ludat et turbet».

28. Cfr. DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 643: «Nam Mens Humana (corpore obducta et obfuscata) tantum abest ut speculo plano, aequali, et claro similis sit (quod rerum radios sincere excipiat et reflectat), ut potius sit instar speculi alicujus incantati, pleni superstitionibus et spectris».

29. PSDA., Vol. III, p. 548: «Sicut enim speculum inaequale veros rerum radios ex sectione propria immutat: ita et mens, quando a rebus per sensum patitur, in motibus suis expediendis, haudquaquam optima fide, rerum naturae suam naturam naturae rerum immiscet, eamque distorquet et inficit». Cfr. NO., lib. I, aph. XLI, Vol. I, p. 164, etiam DO., Vol. I, p. 139.

Las supersticiones e imposturas que deforman el espejo del entendimiento son los ídolos³⁰. El concepto de ídolo aparece por primera vez de modo explícito en el capítulo primero de *Temporis partus masculus*, redactado en 1603³¹, y la formulación clásica de la doctrina está contenida en el libro primero del *Novum Organum*³².

¿Qué entiende Bacon por ídolos?

«Sunt quidem Idoloa profundissimae mentis humanae fallaciae. Neque enim fallunt in particularibus (...) iudicio caliginem offundendo et tendiculas struendo; sed plane ex predispositione mentis prava et perperam constituta, quae tanquam omnes intellectus anticipationes detorquet et inficit»³³.

Bacon no entiende por «ídolo» lo mismo que solemos entender nosotros por tal término, sino que lo toma en su significado griego de imagen fantástica, falsa apariencia, prejuicio, espectro vano, fantasmagoría, quimera³⁴. Los ídolos son las ilusiones más profundas del espíritu humano, cuyo efecto no es engañar en asuntos concretos ofuscando el juicio y tendiéndole trampas, sino engañar en virtud de la predisposición deforme y mal constituida de la mente, predisposición que desfigura y corrompe, por así decirlo, todas las anticipaciones del entendimiento. Los ídolos son, por tanto, prenociones engendradas por la mente que reemplazan a las verdaderas nociones e ideas impresas por Dios en las cosas³⁵. En consecuencia, son nociones falsas que obstaculizan el acceso a la verdad y que, una vez abierto el camino hacia la misma, siguen provocando molestias en el proceso de recuperación de la ciencia perdida con la caída³⁶.

De los cuatro géneros particulares de ídolos que se analizan en el *Novum Organum* son los ídolos del foro y un subgénero de los ídolos del teatro los que inciden más directamente en nuestro tema.

1.4.- El lenguaje, matriz de ídolos.

Los ídolos del foro vician las operaciones mismas del conocimiento. Son los más peligrosos y los más molestos, porque se introducen subrepticamente en el entendimiento

30. VT., Vol. III, pp. 241-42: «I do find therefore in this enchanted glass four Idols or false appearances of several and distinct sort».

31. Cfr. TPM., cap. I, Vol. III, 529.

32. Cfr. NO., lib. I, aph. XXXVIII-LXVIII, Vol. I, pp. 163-79.

33. DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 643.

34. Cfr. Angelo CRESCINI, *Il problema metodologico alla origini della scienza moderna*. Roma: Edizioni dell'Ateneo, 1972, p. 141, nota 175: «I termini idolum, idola, usati da Bacone non significano «gli idoli» nel nostro solito senso, ma sono la trascrizione latina del termine greco eidolon, che significa invece idea, concetto. Di fronte alla idee metodologiche autentiche, gli idola quindi assumono ovviamente il significato di false apparenze (...), pregiudizi, fantasticherie o matrici di fantasticherie».

35. Cfr. NO., lib. I, aph. XXIII, Vol. I, p. 160.

36. NO., lib. I, aph. XXXVIII, Vol. I, p. 163.

sin que éste se percate de ello, y no sólo corrompen el desarrollo de la argumentación, sino también contaminan la misma imposición de nombres. La causa de esta defectuosa constitución de la relación lingüística básica, que es la designación de las cosas por medio de nombres, es desvelada por Bacon con claridad y precisión:

«At Idola Fori sunt, quae ex foedere tacito inter homines de Verbis et Nominibus impositis se in intellectum insinuarunt. Verba autem plerunque ex captu vulgi induntur, atque per differentias quarum vulgus capax est res secant»³⁷.

Tal causa reside en el hecho de que la imposición de nombres se hace por virtud de una convención tácita entre los hombres, cuyo resultado es que las palabras reciben su significado en la mayoría de los casos de una forma proporcionada a la inteligencia del vulgo y dividen las cosas por las diferencias que el vulgo es capaz de captar³⁸. Las palabras son como monedas que representan las imágenes populares de las cosas, puesto que lo corrompen y lo dividen todo según las nociones vulgares de las cosas, las cuales son erróneas y confusas en su mayoría. Cuando los niños aprenden a hablar, son constreñidos a empaparse de esta «infoelicem errorum cabalam»³⁹. Así pues, los ídolos del foro se forman porque el significado de las palabras está tomado de las opiniones vulgares y refleja una clasificación vulgar de la realidad.

Los ídolos que surgen por esta causa son de dos especies: o bien son nombres de cosas inexistentes basados en una suposición puramente fantástica, o bien son nombres de cosas inexistentes, pero confusos, mal definidos y abstraídos temeraria y desigualmente de las cosas. A la primera especie pertenecen Fortuna, Primer Motor, Esferas de los Planetas, Elemento Fuego y otras ficciones semejantes. A la segunda especie pertenecen multitud de nombres que pueden agruparse según grados de distorsión y error. El grupo menos defectuoso sería el de los nombres de alguna sustancia, sobre todo el de las especies ínfimas y bien deducidas, más infiel es el de los nombres que indican acciones y el más viciado de todos es el de las cualidades no perceptibles a través de los sentidos, por ejemplo: «pesado», «ligero», «denso»...⁴⁰. Por consiguiente, el grado de distorsión y la proclividad al error aumentan a medida que nos elevamos en la escala de la abstracción.

A Bacon no le pasaron desapercibidas las distintas soluciones a los errores y prejuicios producidos por el lenguaje puestas en práctica en su tiempo, pero advirtió lúcidamente sus limitaciones e inconvenientes. En primer lugar, menciona la posibilidad de aristar debidamente el significado de las palabras, superando esa clasificación popular

37. DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 645. Cfr. NO., lib. I, aph. XLIII, Vol. I, p. 164.

38. Cfr. PAL., Second Book, Vol. III, p. 396: «And lastly, let us consider the false appearances that are imposed upon us by words, which are framed and applied according to the conceit and capacities of the vulgar sort». Cfr. etiam NO., lib. I, aph. LIX, Vol. I, pp. 170-71.

39. CV., Vol. III, p. 599.

40. Cfr. NO., lib. I, aph. LX, Vol. I, p. 171-72.

de las cosas construida de acuerdo con las diferencias captables por la inteligencia del vulgo, gracias a una observación más atenta y a un entendimiento más agudo, que nos conduzcan a una distinción más precisa de las cosas y más acorde con la naturaleza. Sin embargo, observa inmediatamente que las palabras se oponen a esta tarea⁴¹. En segundo lugar, examina la posibilidad de solventar estas dificultades siguiendo la costumbre y la prudencia de los matemáticos: se trataría de comenzar por fijar el significado de las palabras mediante definiciones. Mas esta solución es totalmente insatisfactoria cuando se trata de cuestiones relacionadas con la naturaleza, ya que «las mismas definiciones constan de palabras, y las palabras generan palabras»⁴².

Los ídolos del foro son enormemente peligrosos porque ponen en marcha un proceso circular al que no es posible encontrar salida. En efecto, la defectuosa constitución del espíritu humano es, en última instancia, responsable de los prejuicios y errores propios del lenguaje, pues éste surge de una convención entre los hombres que obliga a hacerlo acorde con las capacidades intelectuales del vulgo y, por tanto, las palabras designarán nociones defectuosas, confusas y mal abstraídas de las cosas. Y mientras algunos creen que es posible poner remedio a esta situación, fundando sus esperanzas en el convencimiento de que «su razón domina las palabras», Bacon, por el contrario, constata que «las palabras devuelven y reflejan su fuerza sobre el entendimiento» como demuestran las interminables controversias terminológicas en que suelen acabar las grandes y solemnes disputas entre los doctos⁴³. Por ello, todas las precauciones que se tomen en este punto serán insuficientes y no terminarán jamás con los encantamientos producidos por las palabras, ya que éstas relanzan de nuevo su poder sobre el entendimiento, de la misma manera que los tártaros disparan sus flechas hacia atrás mientras huyen⁴⁴. De este modo se cierra el círculo, en el que no es posible distinguir ni principio ni fin -¿la mala complejión del intelecto produce los ídolos del foro, o son las palabras las que hechizan al entendimiento haciéndole concebir nociones equivocadas?-. Es imposible romper el círculo desde dentro. Esta circunstancia explica el escepticismo lingüístico implícito en esta doctrina de los ídolos del foro: la duda baconiana acerca de la posibilidad de curar la enfermedad lingüística⁴⁵. Sólo nos queda un motivo de optimismo: la confianza en abrir una brecha en el círculo desde fuera. El medio para ello consiste en la restauración de un saber capaz de eliminar, hasta donde sea posible, la mediación de las palabras para llegar directamente a las cosas. En esta restauración corresponde un papel esencial a la nueva lógica fundada por Bacon. A la

41. Cfr. *Ibidem*, aph. LIX, Vol. I, p. 171, etiam DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 645.

42. NO., lib. I, aph. LIX, Vol. I, p. 171. Cfr. CV., Vol. III, p. 599, etiam DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 645.

43. NO., lib. I, aph. LIX, Vol. I, pp. 170-71.

44. DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 646. Cfr. CV., Vol. III, p. 599; PAL., Second Book, Vol. III, p. 396.

45. Se puede observar un notable paralelismo entre la teoría baconiana de los ídolos del foro y las reflexiones sobre el lenguaje del conocido escéptico Francisco Sánchez. Éste escribe: «Verborum significationes magis aut omnino a vulgo pendere videntur, ab eo que proinde pretendas esse: Quis enim nos loqui docuit nisi vulgus? (... In vulgo autem an aliqua certitudo et stabilitas? Nequicquam. Quomodo ergo in verbis quies unquam erit? (*Quod nihil scitur*. Edición y traducción de S. Rábade, J.M.Artoia y M.F. Pérez. Madrid. C.S.I.C., 1984, pp. 66 y 68).

gramática le compete la tarea de sentar las bases de una lengua elaborada en el marco de la nueva lógica y acorde con la ciencia restaurada.

2.- LA SUPERACION DEL ESCEPTICISMO LINGÜÍSTICO EN BACON.

El análisis de la cuarta y última especie de ídolos, los ídolos del teatro, nos abre el camino a la segunda parte de nuestro trabajo: las vías de superación del escepticismo lingüístico. Los ídolos del teatro son introducidos en la mente (y recibidos por ésta abiertamente) a partir de los dogmas de las diferentes filosofías y también desde las incorrectas leyes de las demostraciones⁴⁶. Por este motivo, estos ídolos pueden considerarse como «superpuestos» a los ídolos de la tribu, de la caverna y del foro, y como susceptibles de ser suprimidos de nuestro espíritu, aunque sea con dificultad y trabajo⁴⁷.

Los ídolos del teatro recogen, por un lado, los prejuicios y errores contenidos en las proposiciones de los filósofos y, por otro, los nacidos de las perversas leyes demostrativas de la lógica tradicional. A nosotros nos interesan éstos últimos debido al papel que consideramos que le corresponde representar a la lógica en la creación de una ciencia auténtica y en la elaboración de una lengua acorde con la misma y, por ende, con la realidad, la cual proteja a nuestro espíritu de la pernicioso influencia de los ídolos del foro. Respecto a estos ídolos procedentes de las perversas leyes de demostración, hemos de decir que no son distintos de los dogmas sofísticos, empíricos y supersticiosos de los filósofos, puesto que «las demostraciones son la filosofía y la ciencia en potencia. Según sean ellas, bien o mal fundadas, así resultan las filosofías y las teorías»⁴⁸. Las filosofías y las ciencias habidas son para Bacon otros tantos nidos de ídolos, ya que las demostraciones de que nos servimos para elaborarlas son engañosas por contener sendos defectos en sus cuatro partes constitutivas: 1) las impresiones de los sentidos son defectuosas; 2) las nociones abstraídas de las impresiones son confusas e imprecisas; 3) la inducción completa empleada para sentar los principios de las ciencias es deficiente, y 4) el procedimiento silogístico es la matriz de todos los errores y la pérdida de las ciencias⁴⁹. Ahora bien, si las demostraciones lógicas, por sus múltiples defectos, sólo sirven para consolidar viejos ídolos y generar otros nuevos, ¿qué esperanza nos cabe abrigar en torno a una aportación positiva de la lógica a la superación del escepticismo lingüístico baconiano expresado en la teoría de los ídolos del foro? De esta cuestión pasamos a ocuparnos seguidamente.

2.1.- Papel de la lógica en la superación del escepticismo lingüístico.

Bacon diagnosticó sagazmente en su doctrina de los ídolos la causa de la enfermedad lingüística que padecía la humanidad; sin embargo, nuestro autor fue, por

46. Cfr. NO., lib. I, aph. LXI, Vol. I, p. 172.

47. Cfr. DAS., lib. V, cap. IV, Vol. I, p. 643.

48. NO., lib. I, aph. LXIX, Vol. I, p. 179.

49. Cfr. *Ibidem*.

desgracia, mucho menos explícito a la hora de prescribir un remedio para esta enfermedad. Este hecho tampoco tiene por qué extrañarnos demasiado: hasta cierto punto es una consecuencia explicable del convencimiento baconiano de la imposibilidad de extirpar por completo los ídolos que asedian y corrompen al entendimiento humano. Únicamente nos es dado el indicarlos, de manera que se advierta y denuncie esta fuerza insidiosa de nuestra mente, con el fin de que, una vez destruidos los viejos errores, no broten inmediatamente otros nuevos por la mala constitución de la misma⁵⁰.

El sentido en que debe apuntar la búsqueda de una salida al problema surgido de la naturaleza convencional de los lenguajes humanos es señalado por Bacon al establecer la lengua adámica como una suerte de ideal regulativo. En ésta, la relación semántica entre la palabra y la cosa está dotada de una racionalidad intrínseca: el nombre guarda una relación inmediata con la naturaleza de la cosa, relación fundada en la intachable ciencia de la naturaleza que Adán poseía. Esta conformidad con las cosas constituye el ideal al que debe tender el lenguaje. No obstante, este ideal está condenado a permanecer regulativo: es inalcanzable, debido a que la ciencia edénica está perdida irremisiblemente. Por ello, la conformidad con las cosas que el lenguaje humano debe luchar por restaurar es una conformidad, por llamarla de algún modo, pragmática, fruto de la lógica o método de interpretación de la naturaleza y de la gramática filosófica, que es la ciencia cuyo objeto de estudio ha sido tradicionalmente las relaciones entre nombres y cosas.

¿Cómo armonizar estas afirmaciones de Bacon con la crítica lanzada contra la lógica y sus demostraciones al tratar de los ídolos del teatro? La solución es simple y conocida: la lógica propuesta por Bacon como verdadero método de interpretación de la naturaleza no tiene nada que ver con la lógica tradicional criticada por él. «Y el arte que presentamos -escribe nuestro autor- (que solemos llamar *Interpretación de la Naturaleza*) pertenece al género de la lógica; aunque dista muchísimo, y en algunas cosas inmensamente, de ella»⁵¹. Bacon establece una radical distinción entre su lógica y la lógica ordinaria, la dialéctica sistematizada por Aristóteles en su *Organon*. Podemos sintetizar las críticas baconianas a la lógica tradicional en los siguientes puntos:

1^o) La lógica tradicional es completamente inútil como método de invención; sólo sirve de método para cultivar las ciencias. Es un método adecuado para atenerse a los descubrimientos ya hechos y usarlos, pero no para avanzar todavía más allá. Es, por tanto, un método de *Anticipación de la Mente* y no de *Interpretación de la Naturaleza*⁵². Bacon establece un paralelismo entre esta lógica vulgar y la ciencia vigente en su tiempo:

«Sicut scientiae quae nunc habentur inutiles sunt ad inventionem operum; ita et logica quae nunc habetur inutilis est ad inventionem scientiarum»⁵³.

50. Cfr. DO., Vol. I, p. 139.

51. DO., Vol. I, p. 135. Cfr. PSDA., Vol. III, p. 547.

52. Cfr. NO., Praef., Vol. I, pp. 153-54; lib. I, aph. XXVI, Vol. I, p. 161.

53. NO., lib. I, aph. XI, Vol. I, p. 158.

En alguna ocasión le reconoce capacidad para «descubrir argumentos y discursos»; pero, de ningún modo, «artes y ciencias»⁵⁴. Por ello, la dialéctica es sumamente «útil en los asuntos civiles y en las artes que se asientan sobre el lenguaje y la opinión vulgar»⁵⁵ y constituye una «forma de invención o prueba en las ciencias populares (tales como la ética, la política, las leyes y otras) e incluso en la teología»⁵⁶. Pero, en el campo del conocimiento de la realidad natural, carece de aplicación indagatoria, reduciéndose a un método de exposición de lo sabido para su comunicación a otros. La argumentación silogística conserva, pues, su legitimidad, mas no en el campo del incremento del saber, sino sólo en el de su transmisión.

2º) La lógica tradicional no contribuye a descubrir la verdad sino a fijar y consolidar los errores:

«Dialectica quae recepta est, (...) ad errores potius stabiliendos et quasi figendos quam ad viam veritatis aperiendam valuit»⁵⁷.

En la medida en que la lógica que estaba en uso en ese momento era más válida para confirmar y asentar los errores fundados en las opiniones del vulgo que para buscar la verdad, resultaba por ello mucho más dañina que útil⁵⁸.

3º) La lógica tradicional con su argumentación silogística es incapaz de penetrar en la realidad dada a causa de la finura, complejidad y sutileza de ésta última; únicamente obliga al asentimiento:

«Syllogismus ad principia scientiarum non adhibetur, ad media axiomata frustra adhibetur, cum sit subtilitati naturae longe impar. Assensum itaque constringit, non res»⁵⁹.

Un abismo separa la sutileza y finura de las operaciones discursivas del entendimiento y las propias de las operaciones de la naturaleza. Luego la verdad se le escapa de las manos al silogismo⁶⁰. Este es bastante firme para derrotar al adversario en las disputas y ganar su asentimiento, pero no para someter a las cosas mismas⁶¹. Bacon llega incluso a afirmar que, si todos los hombres enloquecieran del mismo modo, podrían ponerse de acuerdo entre sí bastante bien mediante los procedimientos de la lógica usual⁶². Por todo ello es un instrumento eficaz en la vida civil para alcanzar el consenso

54. Cfr. DSA., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 617.

55. IM., Praef., Vol. I, p. 129.

56. DAS., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 621. Cfr. NO., lib. I, aph. XXIX, Vol. I, p. 161.

57. IM., Praef., Vol. I; p. 129; Cfr. NO., Praef., Vol. I, p. 152.

58. Cfr. NO., lib. I, aph. XII, Vol. I, p. 158.

59. Ibidem. aph. XIII, Vol. I, p. 158.

60. Cfr. DAS., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 621.

61. Cfr. DO., Vol. I, p. 136; NO. Praef., Vol. I, p. 154; Ibidem, lib. I, aph. XXIX, Vol. I, p. 161.

62. Cfr. NO., lib. I, aph. XXVII, Vol. I, p. 161.

entre los dialogantes. La dialéctica tiene una finalidad esencialmente práctica: conseguir el asentimiento del interlocutor. Por consiguiente, se aproxima en Bacon a la retórica, si bien subsiste una diferencia fundamental entre ambas, que las hace irreductibles una a otra. La dialéctica busca el asentimiento mediante pruebas y argumentaciones que son iguales para todos, en cuanto apelan directamente al entendimiento y no tienen en cuenta el modo de ser particular de los interlocutores. La retórica, en cambio, apela a la fantasía y actúa sobre la conducta del hombre a través de ella⁶³. La dialéctica conserva, pues, su carácter privilegiado respecto de la retórica gracias a su objetividad, a su recurso directo al entendimiento sin mediación de la fantasía, de donde proviene su neutralidad en relación con el auditorio, frente al condicionamiento del discurso retórico con respecto al público al que va dirigido⁶⁴.

El rechazo de esta lógica tradicional, que de ser el instrumento demostrativo por excelencia del saber científico se ha reducido a un simple instrumento de divulgación del conocimiento, pone de relieve la imperiosa necesidad de una nueva lógica que sea un auténtico método de descubrimiento científico.

Bacon centra básicamente en tres aspectos las diferencias de su nueva lógica frente a la lógica vulgar: el punto de arranque de la investigación se coloca a una profundidad mucho mayor de aquella en que lo situaba la vieja lógica, sometiendo a un examen crítico lo que ésta admitía bajo el argumento de autoridad, a saber: los principios de las ciencias, que la lógica vulgar tomaba prestados a las ciencias particulares, las nociones primeras, que el entendimiento ha elaborado abandonado a sí mismo, y los datos de los sentidos, que los dialécticos creen bien dispuestos. En segundo lugar, invierte todo el orden de las demostraciones al rechazar la demostración silogística y abrazar la inducción: en vez de remontarse directamente de la sensación y de los particulares hasta los principios y las proposiciones más generales para luego derivar de ellas las demás proposiciones a través de otras intermedias, la nueva lógica extraerá paso a paso las proposiciones y se irá elevando gradualmente desde lo particular hasta los principios y lo más general a través de una escala ascendente. Por último, el cometido de la nueva lógica consiste en descubrir las cosas mismas con el fin de dominar la naturaleza en la acción, en vez de inventar argumentos o razonamientos probables para vencer al adversario en las disputas⁶⁵.

La nueva lógica inductiva baconiana es la posibilitadora de la superación del escepticismo lingüístico, porque abre una brecha en el círculo vicioso establecido por los ídolos del foro. Efectivamente, como acabamos de ver, no se dedica a la formulación de argumentos silogísticos tan útiles en las artes populares basadas en la opinión, sino que se dirige a descubrir la naturaleza de las cosas mismas. De este modo la inducción se

63. Cfr. DAS., lib. VI, cap. III, Vol. I, p. 671: «Rhetorica certe Phantasiae, quemadmodum Dialectica Intellectui, subservit. Estque, si quis altius rem penetret, officium et munus Rhetoricae non aliud quam ut Rationis dictamina Phantasiae applicet et commandet, ad excitandum appetitum et voluntatem».

64. Cfr. *Ibidem*, p. 673.

65. Cfr. PSDA., Vol. III, pp. 547-48. Etiam DO., Vol. I, p. 135-38.

muestra como un método capaz de eliminar, en la mayor medida en que ello es posible, la mediación del lenguaje que arruinaba toda la lógica silogística⁶⁶ para llegar así directamente a las cosas. Es el conocimiento inmediato y auténtico de las cosas y de su naturaleza, logrado por este método y que supone una cierta recuperación o restauración de la inmaculada ciencia edénica, lo que constituye la condición posibilitadora de una renovación de la lengua humana que la dote de una conformidad pragmático-racional con el ser de las cosas, puesto que una conformidad natural del tipo de la que poseía la lengua adámica es irrecuperable. La inducción que nos va a llevar hasta las entrañas de la naturaleza no es la misma inducción de que hablan los dialécticos, esa inducción que procede por enumeración simple, a la que Bacon califica de pueril, cuyas conclusiones son precarias por estar expuestas al peligro de cualquier instancia contradictoria y que no obtiene ningún resultado nuevo por limitarse a la contemplación de los hechos habituales⁶⁷.

De una manera breve y simplificada podemos decir que la inducción baconiana se desarrolla en dos momentos principales. El primero es la *historia naturalis* consistente en una recopilación lo más amplia posible de datos, de cosas comprobadas. A esta recogida de datos la denomina, en el *De dignitate et augmentis scientiarum*, la «caza de Pan» o «experiencia guiada», puesto que ésta no es un mero andar a tientas sin sucesión ni método, sino un experimentar con orden y dirección, que resulta semejante al andar de un ciego guiado de la mano de un vidente⁶⁸. Esta *historia naturalis* es la base de la *nova inductio*⁶⁹. Por supuesto, la simple enumeración de hechos no es suficiente para dictaminar científicamente sobre algo. Para ello es preciso someter los datos a una manipulación a través de los procedimientos de rechazo y exclusión codificados en las célebres tablas de nuestro autor:

«At inductio quae ad inventionem et demonstrationem scientiarum et artium erit utilis naturam separare debet, per reiectiones et exclusiones debitas; ac deinde, post negativas tot quot sufficiunt, super affirmativas concludere»⁷⁰.

El segundo momento es la *interpretación de la naturaleza* que consiste en un trabajo de la mente (*opus mentis*) liberada de los ídolos o prevenida frente a ellos, trabajo

66. En efecto, explica Bacon en muchos pasajes, como el silogismo consta de proposiciones y éstas de nombres que designan nociones abstraídas de las cosas, los defectos inherentes a la imposición convencional de nombres a las cosas conforme a la comprensión del vulgo hacen que todo el proceso silogístico se derrumbe: cfr. CV., Vol. III, p. 607; DO., Vol. I, p. 136; NO., lib. I, aph. XIV, Vol. I, p. 158; DAS., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 621.

67. Cfr. DO., Vol. I, p. 137. Etiam NO., lib. I, aph. CV, Vol. I, p. 205.

68. DAS., lib. V, cap. II, Vol. I, p. 623. Cfr. NO., lib. I, aph. LXXXII, Vol. I, pp. 189-90 y aph. C-CIII, Vol. I, pp. 203-204.

69. DAS., lib. III, cap. IV, Vol. I, p. 567: «Sunt scientiae instar pyramidum, quibus Historia et Experientia tanquam basis unica substernuntur; ac proinde basis Naturalis Philosophiae est Historia Naturalis». Cfr. DO., Vol. I, p. 140.

70. NO., lib. I, aph. CV, Vol. I, p. 205. Cfr. Ibidem, aph. LXIX, Vol. I, p. 179; TPM., Vol. III, pp. 554-55; CV., Vol. III, p. 607-608; DO., Vol. I, p. 137.

realizado a partir del conjunto de datos recopilados en la historia natural⁷¹. En este momento se sutura el corte entre la conciencia y el mundo, el espíritu y la realidad. No es ésta una solución natural, sino pragmática: se logra a través de la acción dominadora del entendimiento sobre la naturaleza dirigida por la ciencia natural:

«Postquam demum patuerit quid rerum natura, quid mentis natura ferat, existimamus nos thalamum Mentis et Universi, pronuba divina bonitate, stravisse et ornasse. Epithalamii autem votum sit, ut ex eo connubio auxilia humana et stirps inventorum quae necessitates ac miseriae hominum aliqua ex parte doment et subigant, suscipiatur. Haec vero est operis pars secunda [: interpretatio naturae]»⁷².

Así la *nova logica* termina con esa escisión fundamental que está a la base de las otras dos analizadas por nosotros y nos abre el camino hacia la construcción de una nueva lengua (artificial, por supuesto) universal apta para revolucionar el fenómeno comunicativo. La forma de invención baconiana nos proporciona un saber que procede de los lugares más recónditos de la mente -«ex mentis penetralibus»- y de las mismas vísceras de la naturaleza -«ex naturae visceribus»-⁷³.

Pero, ¿en qué consiste esta *interpretatio naturae*? ¿Qué quiere decir conocer las mismas entrañas de la naturaleza? El auténtico conocimiento surgido de la *interpretatio naturae* es la comprensión de la conexión de las cosas. O dicho con más precisión: es la comprensión de la conexión *causal* de las cosas. Todo lo que existe tiene su causa. Ninguna afirmación es tan cierta como ésta: nada puede surgir de la nada. En la naturaleza no puede encontrarse ningún hecho tan pequeño que acontezca sin causa, ni tampoco tan grande que no dependa de ningún otro. Ningún poder es suficiente para romper la cadena de las causas. Por ello todo saber verdadero es un saber por causas. El objetivo de la ciencia humana es conocer las causas de un efecto dado en un objeto cualquiera⁷⁴. Ahora bien, ¿qué significa conocer una causa? O de otro modo: ¿qué está realmente en cuestión cuando se habla de causas? Bacon recoge la distinción aristotélica de cuatro clases de causas: material, formal, eficiente y final. Pero elimina ésta última del ámbito de la naturaleza y considera banales, superficiales e irrelevantes para la ciencia verdadera la causa material y la eficiente⁷⁵. Así pues, la causa que interesa es la formal:

«Datae autem naturae Formam (...) invenire, opus et intentio est humanae Scientiae»⁷⁶.

71. Cfr. NO., lib. I, aph. CXXX, Vol. I, p. 223.

72. DO., Vol. I, pp. 139-40. Cfr. PSDA., Vol. III, p. 557; RPh., Vol. III, p. 589.

73. DO., Vol. I, p. 137.

74. Cfr. DO., Vol. I, p. 144; NO., lib. II, aph. II, Vol. I, p. 228; Cogitationes de natura rerum, Vol. III, p. 23; NA., Vol. III, p. 156; PSDA., Vol. III, p. 554; Aphorismi et consilia de auxiliis mentis, et accensione luminis naturalis, Vol. III, p. 793.

75. Cfr. NO., lib. II, aph. II, p. 228.

76. NO., lib. II, aph. I, Vol. I, p. 227

La determinación adecuada del concepto de «forma» en Bacon es una tarea difícil y realmente complicada⁷⁷. Bacon comienza marcando las distancias respecto de las concepciones aristotélico-escolástica y platónica de las formas en dos puntos fundamentales: 1) las formas que se han de considerar como causas no son formas compuestas como el león, el águila, la rosa...; 2) las formas no son ideas abstractas, indeterminadas o mal determinadas en la materia⁷⁸. Para Bacon la forma de una cosa y la cosa son lo mismo. Se distinguen como el fenómeno lo hace del ser, lo externo de lo interno, o una cosa según su relación con el hombre de esa misma cosa según su relación con el universo. La forma aparece como la esencia propia de una cosa y como aquello de lo que depende internamente una cosa o por lo que ella está necesariamente condicionada en su individualidad. Por tanto, los dos conceptos, esencia y causa, se funden en la forma: lo esencial de una cosa es al mismo tiempo el fundamento interno en que se apoya la cosa misma en su singularidad, y viceversa. Ahora bien, ¿en qué consisten estas formas? A la hora de responder a esta pregunta hemos de tener en cuenta una distinción capital según se trate de la forma de las sustancias o de las cualidades elementales. Las formas de las sustancias o cuerpos concretos son las cualidades fundamentales o «naturalezas simples» de las que aquellos están compuestos⁷⁹. Sin embargo, la forma o esencia de las cualidades fundamentales no puede consistir en otras cualidades de las que aquélla estaría compuesta, puesto que son «naturalezas simples». Para descubrir la esencia interna de estas cualidades, hay que comprender en su singularidad los procesos internos que les subyacen. Comprender la peculiaridad de tales procesos significa comprender la regla de acuerdo con la cual acontecen. El término «forma» adquiere aquí un sentido nuevo y más profundo. Significa la regla, la ley según la cual se realizan los procesos internos que están a la base de una cualidad fundamental o naturaleza simple:

«Nos enim quum de Formis loquimur, nil aliud intelligimus quam leges illas et determinationes actus puri, quae naturam aliquam simplicem ordinant et constituunt; ut calorem, lumen, pondus; in omnimoda materia et subjecto susceptibili»⁸⁰

Bacon denomina también a las formas *natura naturans* y *fons emanationis* por ser las causas internas de todas las cosas y las fuentes de todo acontecer⁸¹. Tales denominaciones subrayan -como indica Miguel A. Granada⁸²- la concepción dinámica de la

77. Sergio RABADE señala acertadamente las incoherencias de Bacon en este tema, pues se encuentran en él textos que sugieren una concepción positivista, desontologizada de la forma junto a otros que le confieren un estatuto ontológico a la misma: cfr. op. cit., pp. 7-38, especialmente pp. 26-27.

78. Cfr. NO., lib. II, aph. XVII, Vol. I, p. 257; DAS., lib. III, cap. IV, Vol. I, p. 565.

79. Cfr. DAS., lib. III, cap. IV, Vol. I, pp. 565-66.

80. NO., lib. II, aph. XVII, Vol. I, pp. 257-58. Cfr. *Ibidem*, aph. II, Vol. I, p. 228.

81. NO., lib. II, aph. I, Vol. I, p. 227.

82. Cfr. en su edición de BACON, *La gran restauración*. Madrid: Alianza, 1985, p. 188 nota 2.

forma que tiene Bacon. También la caracteriza como la «differentia vera» porque, en la medida en que contiene lo que constituye la esencia particular de una cosa, contiene al mismo tiempo lo que la distingue de todo lo demás.

Por fin, vemos cómo la nueva lógica, la verdadera inducción mediante una labor de disección y separación nos ha puesto ante los ojos las vísceras de la naturaleza: las naturalezas simples o formas. Se nos hace así palpable la posibilidad de un conocimiento inmediato que nos ponga en contacto directo con la naturaleza, prescindiendo de la mediación de las palabras, del lenguaje convencional que dificulta más que favorece la labor cognoscitiva. Estas naturalezas simples, que son finitas en número, constituyen para Bacon el *abecedarium naturae* y, del mismo modo que de la combinación de las letras del alfabeto surge una cantidad infinita de nombres, así también un número infinito de cosas sensibles se genera a partir de la composición de las naturalezas simples. Estas guardan con las cosas la misma relación que las letras del alfabeto con las palabras y los enunciados: «aunque inútiles en sí mismas, son los elementos de todo discurso»⁸³.

Las naturalezas simples constituyen el alfabeto de una posible lengua universal⁸⁴ dotada de una conformidad con las cosas de la que carecen las lenguas históricas conocidas. Esta idea será recogida posteriormente por Leibniz con referencia expresa a Bacon⁸⁵. Si bien esta posibilidad de construir una lengua universal sólo es aludida indirectamente por Bacon, no cabe duda de que la inducción es indicada por él como el único medio para liberar a la mente humana de los ídolos del lenguaje, para superar el escepticismo lingüístico, en cuanto no ve las cosas en relación con el hombre sino con el universo y sustituye las prenociones engendradas por la mente e impuestas por ella a las cosas, por las verdaderas nociones que expresan las auténticas formas de las cosas.

2.2.- Gramática y escepticismo lingüístico.

Finalmente, ¿qué función le ha de competir a la gramática en esta labor de superación del escepticismo lingüístico? Como ya hemos aludido anteriormente, la gramática filosófica ha asumido tradicionalmente el estudio de las relaciones entre nombres y cosas. Para Bacon, la gramática filosófica es un importante auxilio para un lenguaje capaz de obviar, al menos en parte, las maldiciones de las lenguas humanas, o dicho en otros términos: la aproximatividad e incertidumbre que los nombres arrastran por su génesis convencional. Bacon alude por primera vez a esta ciencia ya en *Proficience and advancement of learning*:

83. DO., Vol. I, p. 142. Cfr. NO., lib. I, aph. CXXI, Vol. I, p. 215. Cfr. etiam DAS., lib. III, cap. IV, Vol. I, pp. 565-66.

84. VT., cap. 13, Vol. III, p. 243: «That these natures are as the alphabet or simples letters, whereof the variety of things consisteth; or as the colours mingled in the painter's shell, wherewith he is able to make infinite variety of faces or shapes».

85. Cfr. André LALANDE, *Las teorías de la inducción y de la experimentación*. Buenos Aires: Losada, 1944, pp. 53, 76 y s.

«Concerning Speech and Words, the consideration of them hath produced the science of Grammar (...) The duty of it is of two natures; the one popular, which is for the speedy and perfect attaining languages, as well for intercourse of speech as for understanding of authors; the other philosophical, examining the power and nature of words as they are the footsteps and prints of reason»⁸⁶.

La gramática filosófica examina el poder de las palabras en cuanto trazas e improntas de la razón, es decir, certifica el enlace analógico entre las palabras y la razón, con el fin de restaurar aquel núcleo de racionalidad que las primeras deberían contener.

Este tema es recogido también en *De dignitate et augmentis scientiarum*, donde se define la gramática en su conjunto como órgano del discurso y se hace hincapié en su función de antídoto contra la maldición de la confusión de lenguas. Así como contra la maldición cuyo efecto fue la esterilidad de la tierra que le obligó a ganarse el pan con el sudor de su frente, la humanidad se proveyó de múltiples artes, así también contra la maldición cuyo efecto consistió en la confusión de las lenguas, llamó en su auxilio a la gramática⁸⁷.

A continuación, esta obra remacha la distinción, aparecida ya en la precedente, entre gramática literaria y gramática filosófica. La primera no es de gran utilidad en las lenguas maternas, pero sí lo es en el aprendizaje de las lenguas extranjeras y, sobre todo, en el de aquéllas que han dejado de ser vulgares y sólo se conservan en los libros. Esta arte gramatical no es, por consiguiente, nada innoble, ya que es un remedio eficaz contra la maldición babilónica. La gramática filosófica asume una tarea distinta a la puramente normativa de la anterior: mientras la gramática literaria sirve para aprender las lenguas más rápidamente o para hablarlas con más pureza y corrección, la gramática filosófica presta excelentes servicios a la filosofía. En efecto, esta gramática debe abordar la «analogía, no entre palabras, sino entre las palabras y las cosas, o la razón»⁸⁸. Su finalidad es reconducir las palabras arbitrarias a sus formas correctas, hacer retornar el hábito de hablar de cualquier forma a la necesidad de hablar de modo congruente y obligar así a las palabras, que son imágenes de las cosas, a acomodarse a las cosas mismas en vez de seguir el capricho del vulgo⁸⁹.

La gramática filosófica se esfuerza por restablecer una analogía, una congruencia siempre precaria y comprometida de las palabras con las cosas mismas a través de las nociones de la razón. La fe empirista en la capacidad del hombre para deletrear el abecedario de la naturaleza por medio de la nueva lógica inductiva justifica en último término esta tarea de restauración de una racionalidad intrínseca a la relación semántica.

86. PAL., Second Book, Vol. III, pp. 400 y s.

87. DAS., lib. VI, cap. I, Vol. I, p. 653. Cfr. PAL., Second Book, Vol. III, p. 401.

88. DAS., lib. VI, cap. I, Vol. I, p. 654.

89. PAL., First Book, Vol. III, p. 311: «(...) grammatical philosophy, wherein he did labour to make this same vox ad placitum to become vox ad licitum, and took as it were picture of words from the life of reason». Cfr. DAS., lib. I, Vol. I, p. 476.